# NADIE HA PODIDO OTRA COSA...

EN su casa, en su propia casa un muerto,
cómo parece de pronto
dolorosamente nuevo;
el transeúnte de urgencia con apenas horas,
tiempo.
El callado: ya sin reclamaciones de esto
o aquello.
Al margen de todo; ni llaves ni monedero
le hacen falta.
Sus amores,
la profesión,
el dinero (cuanto nos mueve y conmueve,
cero).
De pronto, el «otro» que todos llevamos dentro.

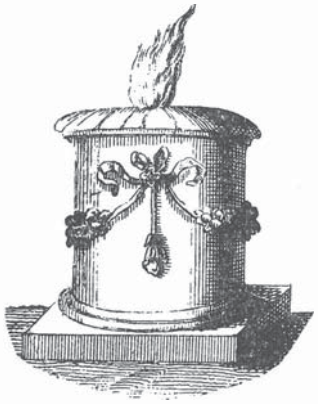
El medicamento, arrumbado;
las ropas;
los zapatos, vacíos, huecos.
(Ya ni su sombra por los espejos).

Y porque nada se puede...
al dolor se ha de echar tiempo (cirineo
de esa cruz ya por siempre: su recuerdo).

Ya, transeúnte de urgencia...
No. Nadie ha podido verlo
(por más que quiera)
más allá de ese plazo—que traemos—.

Aquel que lo vió, lo tuvo en su casa, que agotó
apurando hasta el último momento,
sabe bien—mejor que nadie—como es cierto.

No. Nadie (cómo lo sé...) retener puede su muerto.



*CHONA MADERA*